

# La suite del humor

## Quien ríe el último...

Víctor Herráiz

Un grado más alto de inteligencia nos distingue del resto de animales. Pero tal vez el sentido del humor en el ser humano marque la genuina diferencia. El mundo del humor y de la risa ayuda a remover con su ironía crítica la esclerotización del poder.

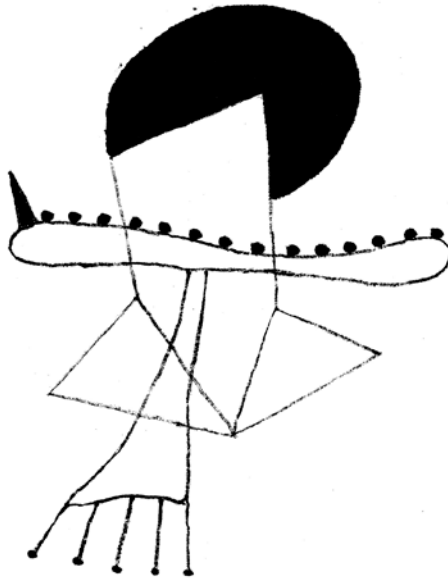


ILUSTRACIÓN: Fuyangı (Mariano Anós)

Es un lugar común decir que los humanos nos diferenciamos del resto de los animales por la inteligencia. Como somos nosotros quienes ponemos las notas y juzgamos a todo ser vivo de acuerdo a nuestros antropomórficos criterios, el resultado siempre sale a nuestro favor. En la carrera por el control de la naturaleza conseguimos el título de los reyes de la creación. Diploma que lo otorga —como no podía ser menos— un tribunal absolutamente integrado por humanos. El dogma es: nosotros pensamos; los demás, los irracionales, solo actúan por instinto. Sin embargo, esta creencia no deja de ser, además de interesada, bastante discutible.

No voy a hablar de la agudeza del delfín, el elefante, el chimpancé, los cánidos... Biólogos, genetistas y naturalistas no se cansan en estudios y documentales de ofrecernos pruebas de la escasa distancia que nos separa de nuestros vecinos animales. Y quien tiene mascotas a su lado sabe perfec-

tamente que estas poseen un número de pautas de comportamiento, actitudes, sentimientos y afectos hacia sus dueños tan cabales que se diría “solo les falta hablar”. La inteligencia, o la consciencia —en mi opinión—, no son exclusivas del mono evolucionado. Están bastante repartidas entre las diversas especies. Contaré una breve experiencia.

Una noche en cierto hotel donde casualmente me alojaba atisé nada más encender la luz del cuarto de baño a una cucaracha que, sorprendida por mi inopinada presencia, corrió desesperada tratando de ocultarse en cualquier resquicio que muebles y baldosas pudieran proporcionarle. Animado por ese atávico instinto de repelencia que suelen inspirarnos estos insectos, la emprendí con ella a zapatillazo limpio, en verdad con poco éxito. Finalmente, viéndose sin parapeto suficiente, el blatodeo salió correteando a campo abierto rumbo a una grieta en el alicatado que apuntaba ser su es-

condite salvador. Era mi oportunidad: a mitad de camino le lancé un golpe atroz. Creí haber fallado en el último instante... Pero no: la cucaracha estaba ahí en el suelo, boca arriba, inerte, sus antenas inmóviles y sus patas plegadas en inconfundible rictus mortal.

“ La inteligencia está bastante repartida entre las diversas especies. ”

Agachado, espí con recelo su quitinoso esqueleto un par de minutos; sí, estaba yerto, en rigidez total. Me levanté y salí del cuarto en busca de un trozo de periódico para retirar el cadáver. Al volver, la cucaracha había “resucitado” y solo tuve tiempo de ver cómo su cola desaparecía burlona a toda prisa tras la rendija en la pared.

Quedé estupefacto. El artrópodo había estado fingiendo. Había simulado su propia muerte con el propósito

de alejarme de allí y después escapar del peligro. ¿No es esta una ingeniosa conducta viniendo de un animalillo —digamos— tan elemental? A no ser que en realidad fuera el mismo Gregorio Samsa de *La Metamorfosis* de Kafka encerrado en una apariencia de insecto... Que no lo creo. Me pregunto qué más inteligencia se puede pedir a una frágil criatura que —calculando el riesgo— decide exponerse y hacerse el muerto para salir vivo del último trance. Eso supera la común perspicacia: ¡es arte teatral!

## “ El hombre es el único ser viviente que ríe. ”

Fue como una cura de humildad. Desde entonces, percibo que eso que llamamos tan patrimonialmente inteligencia está mucho más extendida de lo que pensamos entre las familias animales, algunas de las cuales como la de estos resistentes invertebrados seguro que nos sobreviven cuando los ilustradísimos humanos hayamos provocado la destrucción nuclear del planeta o nos asfixiemos en nuestra propia contaminación insoportable.

Por tanto, más que la “inteligencia”, encuentro que el humor es en el ser humano la cualidad más diferenciadora con respecto al resto de los seres vivos. Hace más de dos mil años Aristóteles, en *Acerca del alma*, ya advirtió que “el hombre es el único ser viviente que ríe”. Yo añadiría: “...que ríe y se propone hacer reír”. Porque el humor —a menudo despreciado desde el mundo oficial de la grandilocuente seriedad—, es otra y no menos legítima visión del mundo, que tiene sus raíces en la fiesta y las tradiciones populares.

Vivimos en sociedades conflictivas; soportamos presiones y tensiones de todo tipo que liman nuestras energías. Por ello, tenemos la imperiosa necesidad de reír. Qué duda cabe que el humor “encierra una fuerza curativa”, como dice José A. Hernández Guerrero en *El humor: un procedimiento creativo y recreativo*, desempeñando una

función de diversión y bálsamo que atenúa los fragores de la vida. Pero también es un recurso defensivo de la razón sensata frente a los convencionalismos sociales y las mistificaciones del Poder. El profesor de Teoría de la Literatura Luis Beltrán señala en *La Imaginación literaria* que los primeros testimonios de la comedia —Aristófanes, Luciano y la sátira menipea— surgieron tras la aparición del monetarismo para “denunciar el escándalo de la desigualdad y la injusticia que lleva aparejada”. Y observa: “Esa otra cara del mundo (la del humor) no es útil al poder y a los poderosos”.

Nos burlamos de las costumbres sociales; de los abusos y patochadas de los gobiernos; de nosotros y nuestras propias contradicciones. Hay tantas clases de humor como personas. Pero una forma eficazmente universal de transmitirlo es el chiste. La fuerza del chiste consiste en partir de los hechos aceptados, someterlos a la prueba sorpresa de la paradoja y acabar mostrando una subversiva inversión, motivo de la risa: ahora lo lógico es lo que parece y lo absurdo es la propia realidad, ya satirizada.

## “ Para las fuerzas reaccionarias la risa es lo más peligroso que existe. ”

Sirva de ejemplo Eugenio, el célebre humorista catalán que falleció en 2001, sin duda un maestro en el juego de situaciones equívocas y confusiones semánticas: —“Le hemos puesto al niño *gafas*”, dice la madre. —“Pues vaya nombre más feo”, contesta una que escucha. (¡La verdad es que muchos padres ponen nombres *raros* a sus hijos!)

Miguel Gila, otro grande que también nos dejó en 2001, tenía como tema favorito la crítica de la guerra en clave de mordaz surrealismo. Cuando pide al “enemigo” que pare un poco la guerra “porque se nos ha atrancado el cañón” o cuando dice que la guerra

tiene la ventaja de “poder matar a muchos sin que te detenga la policía”, nos reímos de semejantes ingenuidades del personaje. (¡Pero a la vez percibimos el mensaje de que la guerra real, la de verdad, es intrínsecamente estúpida, brutal y antijurídica! Y más viniendo de Gila que a sus 19 años fue víctima de un fusilamiento, del que salió ileso porque no le acertó ninguna bala del pelotón de ejecución franquista).

Y es que, como expresa el cantante escocés Nick Currie (“Momus”), “algunas situaciones del mundo real pueden ser tan absurdas como un chiste, obviamente risibles, por trágicas que resulten”. Encontré este chiste antiguo sobre los privilegios de los dirigentes políticos en el compendio *Mis chistes, mi filosofía* del filósofo esloveno Slavoj Žižek:

¿Cuál es la diferencia entre el socialismo burocrático soviético y el socialismo autogestionado yugoslavo? Pues que en el primero los de la Nomenklatura conducen ellos mismos sus carísimas limusinas; mientras que en Yugoslavia la gente corriente va en limusina a través de sus representantes.

La ironía, cuando quiere, corroe la más sórdida realidad. Por cierto, aquí Franco —cuyos cronistas cuentan que no se reía nada— fue objeto de la mayor ola de chistes conocida durante la dictadura. Lo que demuestra que no solo fue el maquis ni la oposición al régimen, sino también el humor, como chiste, lo que actuó como forma popular de resistencia. Enrique Vilamatas en *El traje de los domingos* exalta el valor de la risa: “No sabía entonces que la risa era revolucionaria, que la risa era para las fuerzas reaccionarias lo más peligroso que existe.”

En el siglo XXI, la seriedad oficial aliada a la inteligencia artificial trata de ganar terreno al humor. ¿Nos reímos mucho? ¿Nos reímos lo suficiente? ¿Hará falta escuchar más a Groucho Marx? Seguro que sí. Pero, en cualquier caso, el que piensa que la risa es lo último que se pierde... ríe mejor.